

fácilmente se concluye que la vida no tiene sentido —*le monde est absurde*, dirá Camus, y el hombre es *étranger à soi-même et à ce monde*— y que cualquier esperanza sería una claudicación. La vida ciertamente es una tarea —un que-hacer, decía Ortega y Gasset—, pero un quehacer sin sentido y sin valor. Un eterno volver a empezar como Sísifo. Un continuar sin fin, como asegura Sartre en *Huis clos*. Una pasión inútil, como lo afirma él mismo en *L'être et le néant*. Todo es absurdo y dentro del absurdo no cabe la esperanza.

¿Estamos viviendo el nihilismo proclamado por Nietzsche? ¿O la dialéctica de la desesperación analizada por Dostoiewski y por Bernanos? ¿El hombre se precipita en la nada? El hombre tiene que dar la respuesta a estas ineludibles preguntas.

La “muerte de Dios” —piensa G. Bataille— es el supremo sacrificio, pero este sacrificio no libera al hombre sino que éste queda sometido a la necesidad, y la muerte constituye su experiencia indescifrable. En vano intentó Nietzsche transformar en alegría lo que es intolerable angustia. En vano proclamó Sartre la absoluta libertad del hombre cuando éste sabe por una experiencia dolorosa que está encadenado por múltiples determinismos. Pascal ponía de relieve nuestra situación trágica: estamos embarcados en una empresa difícil sin que nosotros hayamos elegido ni la vida ni la conciencia que reflexiona sobre ella. Por eso lo que está en juego es mucho más que la conciencia y su duración. Tenemos que apostar en contra o en favor de la esperanza. Pero si Dios no existe todo es absurdo, y estamos totalmente abandonados y acorralados contra un heroísmo inútil, a menos que, como Kirilov, optemos por el suicidio para demostrarnos que somos libres.⁶¹

La esperanza se va extinguiendo poco a poco en nuestro mundo, como una llama vacilante. La vida no es lo que el Prometeo del siglo XX había soñado. De todos modos, el hombre *es* esperanza. Y en los múltiples caminos de la historia se le abre un abanico inmenso de posibilidades porque la vida humana no sólo está hecha de esperanzas sino “de esperar unas esperanzas que a su vez esperan otras esperanzas”.⁶² Y sobre todo, el cristiano sabe que en esta “noche que no tiene fin” *en que el hombre actual ha convertido a nuestro mundo, brilla todavía* la esperanza indeficiente, Dios.

El hombre es una viviente paradoja. Por ser persona, es infinito y tiende al infinito. Pero por ser persona humana lleva consigo el límite. Menesteroso, sabe que para ser él mismo necesita del Otro. Sabe que por sí mismo no puede mantener su ser que le trasciende. Ni su tarea. Necesita un fundamento radical.

⁶¹ Cfr. *L'Expérience intérieure*, Gallimard, Paris, pp. 95 y 129.

⁶² J. P. SARTRE, *L'être et le néant*, p. 622.

Necesita esperanza. Porque, a pesar de todo, el hombre *es* esperanza. Está constitutivamente orientado al futuro. Por más que las circunstancias sean poco propicias *lo importante es aprender a tener esperanza* (E. Bloch).

Dr. José Rubén Sanabria

